

Estamos en una guerra señores.

A media noche del domingo escuchamos una frase extraña, reminiscencia y resabio de un discurso poco prolijo generado en plena dictadura y por medio de la cual se pretendió justificar los atropellos a los derechos humanos entonces.

Hoy se nos aseguró la existencia de una guerra y de acciones que habrían de ocurrir al día siguiente. El daño a los hospitales se vendría el día lunes y nos quedamos todos pa'dentro. ¿De dónde salió esa información o fue una más de las imprudentes declamaciones del presidente? ¿Hubo un análisis de inteligencia para llegar a esa conclusión? Y si lo hubo, ¿era prudente generar el nerviosismo y psicosis colectiva? El propio General Iturriaga señaló en la amanecida no estar en guerra con nadie y ser un hombre feliz. ¿Qué mejor y más directo mensaje? Luego se calló, alguien le tiró las orejas o se dio cuenta que se frenó su carrera militar.

Podría haberse esperado una actitud déspota y autoritaria del militar, pero no. Una posición loable y tranquilizadora. No dio órdenes de disparar a los violentistas como esperaban los anárquicos y los cercanos a Kast (quien está guardando un extraño silencio), pues eso les daría razón a unos para incrementar la violencia social y a los otros para rememorar el aplastamiento de la población que añoran.

Hemos escuchado a los ministros hacerse los fuertes, pero actuando con prepotencia. La Ministra de Educación como profesora retando a estudiantes, el de Trabajo llamando a los empleadores sin hablar de los que se quedarán cesantes por la destrucción de sus fuentes laborales, el de Interior cargante con elevar el resentimiento de la violencia actuando cuál observador, en vez de empatizar con el dolor de la gente que seguía protestando por otras razones de mucha más importancia a pesar de los daños. Reunidos en la burbuja del segundo piso se potencian como patrones de fundo sin escuchar a quienes les pueden dar señales ciertas de lo que ocurre y mostrarles la realidad. Por ello el tono confrontacional, indolente, carente de análisis real y objetivo. Ninguno da el ancho de lo que se espera de una autoridad. Ninguno sabe liderar un país que no es una empresa.

Quien observó la realidad por estar en terreno, en compañía de la infantería de Carabineros y militares y empatizó con lo que estaba ocurriendo fue la Intendenta Carla Rubilar. Su tono pasó de la sorpresa, a la normal molestia, a la aflicción, para compartir la sensación de temor de la población. Sus llamados a parar la acción vandálica y procurar la calma fueron notables, mostrando más capacidades ejecutivas que todos sus cercanos.

Los medios de comunicación, en su afán de vender se quedaron en los problemas de desplazamiento del centro y de un simpático personaje (un loro de los antiguos buses). Cayeron todos, incluso la Monserrat Álvarez a quien le tenía mucha fe de periodista independiente y que demostró haberse contagiado con los reporteros de farándula, siguiendo la pauta del matinal para desviar la atención.

Los encapuchados, los infiltrados de uno y otro lado (sí, de uno y otro lado), las puestas en escenas y la apertura de brechas para permitir el despliegue de violentistas son parte de elementos que, en algún momento podrán ser aclarados. Más de una vez se han descubierto estos andamiajes y las fuerzas nunca los pillan. Les han dejado actuar impunemente desde la época de la marcha de los pingüinos y se multiplicaron a niveles que, hoy, parecen irrefrenables.

El extraño incendio de la escalera de emergencia de ENEL es un caso ejemplar que debemos analizar. ¿Cómo fue posible que se incendiara? ¿No debería ser un área segura para permitir evacuación? Era una escalera de seguridad, pero tenía suficiente combustible para iluminar cual antorcha visible desde todo Santiago. ¡Qué raro ¿No?! ¿Era acaso un intento de mostrar caos que permitiera llamar a los militares a las calles? Si fue un atentado real, que responda el administrador del edificio por mantener papel, madera o materiales inflamable. Su desprolijo trabajo habría expuesto a cientos de personas que allí laboran y que podrían querer usarla en caso de incendio.

Los saqueos coordinados con vehículos trasladando mercaderías. ¿Alguien tomó la patente de, al menos, uno de ellos? Sería fácil seguir las pistas y aplicar sanciones. Los celulares de tantos espectadores, de las cámaras de los bulliciosos canales de televisión deberían contener pistas para llegar a algunos de ellos. Seguro que encontrarán casas repletas de artefactos robados. Esos son los organizados. Los medios se centraron en las llamas y no en el incendio social. Una vergüenza.

Sin duda fue la ocasión propicia para los narcos, para el lumpen, aquellos que tienen tiempo de sobra para ir por miles a un arengazo en un estadio en plena mañana. Son los que no trabajan en lo normal, sino que hacen sus ingresos desde la facilidad del papelillo o del lanzazo, y que en estos días de protesta no pudieron robar carteras, hacer portonazos o asaltar a jubilados.

La vocera no entiende. Su irrestricto amor por el presidente, por proyectarse a un cargo público más adelante, le llevan a ser obsecuente. Debería serenarse y pensar en el Chile real. Su ideologización programática le lleva a no reconocer los errores de su sector y menos aun sus propios errores. La prepotencia de sentarse en el trono o cerca de él le llevan a ser más peligrosa que el propio gobernante. Confunde su función de vocera con la del guardián, dispuesta a morder a quien le mire distinto. Las imprudencias de uno no pueden ser alentadas por explicaciones sin sentido. El intento de desvío de la atención es evidente y atroz. El pueblo está atento a cada palabra y ya no acepta mentiras o consuelos.

El presidente está en guerra. Sí. Está en guerra contra su pueblo, pero no es su guerra personal. Está en juego la pérdida de su alicaída credibilidad internacional, sus discursos anti Maduro, y a pesar de todo el poder que ejerce en la prensa, su historial de abusos vuelve a emerger y a atraer a las moscas, como las bostas de las vacas que al secarse mantienen la hediondez en su interior. Mientras goza en su castillo, protegido por las fuerzas, el pueblo está en las calles, bajo el sol de la primavera que ha permitido hacer brotar en las mentes un germen de efervescencia que será imposible de erradicar.